

# ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

SERIE III. >

Quito, enero 31 de 1889.

< NUMERO 14.

## LECCIONES DE LITERATURA ✓

TOMADAS SINGULARMENTE DEL P. BROECKAERT.

POR C. R. TOBAR.

(Traducción y refusión).

(Continuación).

### ARTÍCULO 29.—*Figuras*.—*Tropos*.

Expresiones y giros hay que dan á los pensamientos una forma ó *figura especial*, σχῆμα, que, comunicándoles belleza y fuerza, les distingue de la expresión sencilla. Esta presenta nuestra idea, y nó más; las formas ó figuras le agregan atavíos ó como vestidos que la hacen notable ó visible: *vim rebus adjiciunt*, dice Quintiliano, *et gratiam prestant*.

Los retóricos distinguen *figuras de dicción* y *figuras de pensamiento*. Puede decirse que es sólo escolástica esta distinción, por no muy fundada en la naturaleza. Si las expresiones son signos de representación de las ideas, donde hay palabras habrá pensamientos y, por consiguiente, las *figuras* llamadas *de palabra* lo serán también de *pensamiento*, supuesto que, en realidad, le aumentan cuando menos fuerza y energía. Sin embargo, debe conservarse la distinción, ya porque facilita el estudio, ya porque separan las *figuras de palabra* y las *figuras de pensamiento*, ciertos caracteres diferenciales importantes, dado que éstas modifican el *sentido* mismo de la expresión, mientras que casi todas aquellas consisten en licencias, por las cuales se agrega, cercena ó transpone palabras, contraviniendo en cierta manera á las reglas gramaticales.

2. Los *tropos* (τρέπα, vuelta ó conversión) son fi-

guras que transportan las palabras de su significación propia á otra impropia para dar al pensamiento mayor gracia ó energía. Todos los vocablos tienen una significación primitiva, llamada *sentido propio*; y poseen frecuentemente, otra de sutil semejanza con el anterior que se llama *sentido figurado*. Por ejemplo, la palabra *calor*, en sentido propio, significa una propiedad del fuego; en sentido figurado, expresa el entusiasmo que, en el combatir, anima á los guerreros y en el discutir, á los oradores, y así decimos el *calor del combate*, de la *discusión*, etc.

El uso de los tropos nos es tan natural que, sin notarlo, los empleamos incesantemente. *Modus transferendi verba late patet*, dice Cicerón, *quem necessitas genuit, inopia coacta et angustiis; post autem, delectatio jucunditasque celebravit*. (De Orat. III, 38).

Se preguntará. ¿Por qué gastamos el tiempo en estudiar formas ó modos de expresarnos que, sin necesidad de reglas, brotan á cada paso de los labios más ignorantes y aún en las conversaciones más familiares?—Estudiamos las figuras para emplearlas artísticamente, de la misma manera como el florista observa y estudia las flores, que brotan espontáneamente, á fin de imitar á la naturaleza.

Para comprender mejor la naturaleza de los tropos, notad que están basados en la relación que existe entre dos objetos, en virtud de la cual el nombre del uno puede ser substituído por el nombre del otro. En realidad, todo objeto que nos impresiona está unido con circunstancias más ó menos claras y relaciones más ó menos íntimas á otros objetos: les sigue ó les precede, es su causa ó su efecto, les es semejante ó contrasta con ellos. La razón se apodera de esta conexión, la imaginación se enlaza con ella, y según la diversidad de relaciones, engendra diferentes especies de tropos. Así se concibe su origen y al propio tiempo el placer que nos causan; pues la aproximación y sustitución de los objetos ocupa agradablemente la fantasía, ejercita el espíritu sin fatigarle y nos hace gozar de la posesión de nuestra inteligencia.

*Reglas.* Los tropos han de ser:

1º *Claros*, es decir, que la relación entre los objetos sea fácil de percibir, y que, sin esfuerzo, se comprenda el pensamiento del escritor.

2º *Usados*, ó por lo menos conformes á la índole del idioma. Cada lengua posee tropos inaceptables en otra lengua. Así en español se dice *alas* de un ejército á lo que en latín se llamaba *cornua exercitus*.

3º *Convenientes*, á fin de que, de acuerdo con la definición, comuniquen al pensamiento gracia ó energía: *vim rebus adjiciunt et gratiam præstant*; sin lo cual, el tropo será inútil y, por tanto, vicioso.

Según los casos, el tropo será bueno ó malo: en general, no está mal decir, dando el nombre de la parte al todo, *vela* ó *quilla* en vez de navío; pero empleará muy mal la sinécdoque quien diga: “á gran distancia percibimos una *quilla* que se acercaba”; pues precisamente lo que menos puede percibirse á la distancia es la quilla, lo primero que se descubre son las *velas*. En cambio se expresará bien quien escriba que “millares de *quillas* surcan el oceano”.

La profusión de tropos generalmente es condenable, y descubre, de ordinario, espíritu poco sólido.



La *metáfora* (*μετα, φέρω*, más allá, llevo) transporta el vocablo de su significación común á una significación extraña, *á causa de la semejanza de los objetos*. La metáfora es, pues, una comparación abreviada, esto es, desembarazada de las partículas de comparación. *Aquiles se lanza como un león*, es una comparación; *Aquiles, este león, se lanza*, es una metáfora que imprime viveza á la imagen y rapidez al resultado.

El más notable efecto de la metáfora es repartir vida y movimiento á la naturaleza. Las más abstractas ideas, los objetos más insensibles truécense en imágenes animadas y brillantes.

En vez de la expresión simple: “ya los americanos aprovechan las riquezas”,

Olmedo dice:

*Ya las hondas entrañas de la tierra  
En larga vena ofrecen el tesoro  
Que en éllas guarda el Sol; y nuestros montes  
Los valles regarán con lava de oro.*

Aun los objetos inanimados gustan de ataviarse con cualidades de una naturaleza más robusta, y la imaginación del escritor recorre juguetona la creación entera. La tierra *prodiga* ó *rehusa* sus tesoros, los ríos se *indignan* ó *dóciles se someten*, el océano *brama* ó *murmura*, el hombre *arde* en furor, es *corroído* por la envidia, las riquezas *le empedernen* el alma, etc.

Cuanto es la más usada de los tropos, tanto es la metáfora la más importante y la más delicada. La metáfora ha de ser:

1º *Perceptible*, es decir, fundada en una semejanza real. La menor inexactitud puede envolver en confusión el objeto, en vez de comunicarle claridad. Los correctivos: *por decirlo así, si es permitida la expresión, si se me permite la palabra*, etc. acaso suavizarán una metáfora algo dura ó atrevida, pero no expresiones faltas de verdad ó exactitud.—Sin embargo, entre las metáforas autorizadas por el uso, hay algunas que tomadas literalmente, encierran verdadero abuso de palabras; por la cual razón se las llama *catacresis* (*κατα, contra, χρᾶσις, servir-se*). Así se dice: *la HOJA de la espada, una HOJA de papel, RAUDAL de voz, ir á CABALLO en mula; equitare in arundine longa, instar montis equum ædificant*, etc.

2º *Natural*, fácil, sin afectación. Cicerón explicaba y recomendaba esta cualidad cuando decía: *Verecunda debet esse translatio, ut deducta esse in alienum locum, non irruisse atque ut precario, non vi venisse videatur*. No todos los pueblos están de acuerdo respecto á la naturalidad de ciertas metáforas. En general, dice Fenelón, “las naciones que viven bajo un cielo templado gustan menos, que los pueblos de los climas ardientes, de metáforas duras y atrevidas”. Pero en ningún idioma, ni en clima alguno, será tolerable que se llame *potro cristalino* á un arroyuelo, como lo hizo aquel altisonante versificador, citado en la “Ojeada”, describiendo un arroyo del valle de Chilló:

“Corre arrogante un arroyo  
Por entre peñas y riscos,  
Que enjuezado de perlas  
Es un potro cristalino”, etc.

Necesario es, de cierto, evitar las semejanzas trivia-

les; pero cuando la novedad no es sino un esfuerzo penoso para aproximar un objeto lejos de los límites naturales de la imaginación, las metáforas pierden su gracia y mérito. Las tomadas de las ciencias adolecen comunmente de tal defecto, vicio hoy en día muy común. Algunos neólogos parecen gozarse en erizar su estilo con términos de física, química, botánica y astronomía.

3º *Noble*, que no recuerde nada bajo ni desagradable. La más preciosa ventaja de la metáfora está en levantar una idea muy común ó endulzar una imagen desagradable. Cicerón vitupera á cierto orador por haber llamado á un hombre despreciable *stercus curiæ*. *Quamvis sit simile, dice, tamen est deformis cogitatio similitudinis.*

4º *Sostenida*, Quintiliano nos lo explica: *Id imprimis est custodiendum, ut quo ex genere ceperis translationis, hoc finias. Multi autem, eum initium á tempestate sumpserunt, incendio aut ruina finiunt, quæ est inconsequencia rerum foedissima.* Sería, por ejemplo, en extremo absurdo decir: *Mecia lanzaba de sus labios un torrente que encendia todos los corazones;* pues los torrentes más bien apagan que encienden.—Falta semejante se comete cuando, sin agregar á la expresión figurada una palabra ó frase explicativa, atribuimos al objeto metafórico cualidades ó acciones que convienen sólo al sentido propio; lo cual acaece cuando irreflexivamente entremezclamos expresiones en el sentido propio y en el tropológico. Si dijésemos *Mecia lanzaba del cráter de su elocuencia, llamaradas que persuadían á sus adversarios,* atribuiríamos al objeto metafórico una acción perteneciente al sentido propio. Cosa distinta es añadir á la expresión figurada una frase ó voz explicativa, como la palabra *ferrea* en el ejemplo siguiente:

*Circum os utrinque phalanges  
Stant densæ, strictisque seges mucronibus horret  
Ferreæ.....*(Virgilio, *En.* XII).

(Continuará).